

EL DOS DE MAYO.



Castaños.



Palafox.



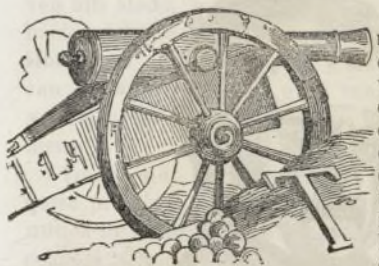
Napoleon.



Wellington.

30 DE ABRIL DE 1813.

EL DOS DE MAYO.



¡FUESTE á la par que glorioso aniversario es el Dos de Mayo, del inolvidable día en que retumbando en Madrid el estampido del cañon, conmovió hondamente todo el ámbito de España y dió al país la señal de un alzamiento general en defensa de su independencia. Cuarenta años hace que el pueblo solemniza la conmemoracion de tan heroica jornada, sin que el tiempo logre disminuir la respetuosa admiracion con que se recuerda aquel suceso que constituye una página sublime de la historia de España. Esta perpetuidad es la que distingue la memoria de los hechos verdaderamente grandes, de la de los triunfos ó derrotas que alcanzan alternativamente los partidos en sus luchas mezquinas y apasionadas.

Por eso que el 2 de Mayo es una fiesta nacional que preocupa todos los ánimos, hemos creído com-

placer á nuestros lectores dedicándola por completo este número, el mas próximo á la del presente año. Todos los grabados de él son de asuntos pertenecientes á la guerra comenzada en 1808, y al pié de estas líneas insertamos una vigorosa y enérgica composicion, que el célebre y malogrado Espronceda publicó en EL LABRIEGO: nuestros lectores comprenderán que adoptando esta inspiracion, enérgicamente dolorosa de uno de los ingenios españoles que mas han brillado en este siglo, no lo hacemos por el sentido en que esté escrita, ni nos proponemos invadir el campo de la política, sino cumplir con uno de los objetos del SEMANARIO, que, como galeria literaria, debe archivar en sus columnas las composiciones de todos géneros, que, consideradas en el terreno del arte, se hallen por su mérito á tan elevada altura, como la que hoy reproducimos dedicando al propio tiempo un recuerdo á la memoria del admirable cantor de *El Diablo mundo*, que, el mes de Mayo tambien de 1842, dejó de existir, perdiendo con él la Patria uno de sus mas esforzados y generosos hijos y la literatura española uno de los ingenios que mas debian contribuir á levantarla de su decadencia.

POESIA.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! cual las olas
Del hondo mar, alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia aclama.

Hombres, mugeres vuelan al combate;
El volcan de sus iras estalló:
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles
En cien campañas, veterana tropa,

Los que el rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus pies naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, á desigual batalla,
Madrid provoca en su encendida ira,
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella
La lumbré que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella,
El rayo del mortífero cañon.

¡Oh de sangre y valor glorioso día!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia
Santo recuerdo de virtud quedaron!!

«Entonces indignados, me decian,

Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil á estraños nos vendian,
Desde el de Carlos profanado lecho.

La corte del monarca disoluta,
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta,
Al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras,
Su orgullo solo, y su capricho ley,
Hordas, de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey,

Fijo en España el ojo centellante,
El Pirene á salvar pronto el bridon,
Al rey de reyes, al audaz jígante,
Ciegos ensalzan, siguen en monton.»

Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
O adular bajamente á la fortuna:

Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles, á la plebe inquieta,
Con baja lengua apellidar canalla.

¡Canalla, sí, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente,
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡Canalla, sí, los que en la lid, alarde
Hicieron de su infame villanía,

Disfrazando su espíritu cobarde,
Con la sana razon segura y fria!

Oh la canalla, la canalla en tanto,
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo,
Quebrantó las cadenas de la tierra:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogía,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos,
Levantando á su príncipe ofrecía.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañon, y el grito castellano,
De Independencia y Libertad responde.

¡Héroes de Mayo levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera:
Id y hartad vuestra sed en los torrentes,
De sangre de Bailen y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza, alta corona
Ceñid que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ay! ¿Por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y de alegría,
Y el alma atropellados alborotan,
Tantos recuerdos de honra y valentia;

Negra nube en el alma se levanta,
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazon quebranta,
Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh, levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aun arde en ella y con eterna vida,
La luz de la victoria!

¡Oh, levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño,
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, desde el fuego arde,
Del castellano honor, aun sobre vida
Para alentar el corazon cobarde,
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura,
Sobre huesos de héroes cimentado,
Un rey ingrato de memoria impura,
Con eterno baldon dejó manchado.

¡Ay! Para herir la libertad sagrada,
El príncipe, borron de nuestra historia,

Llamó en su auxilio la francesa espada,
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron,
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron,
Y hollarla á los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa ruje
La losa al choque de los cráneos duros,
Tronó y se alzó con indignado empuje,
Del galo audaz bajo los pies impuros,

Y aun hoy hélos allí que su semblante,
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervencion! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;
De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguia,
Del castellano honor que en la memoria,
Solo nos queda hoy día.

Hoy esa raza, degradada, espúria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela;
Busca también por renovar tu injuria,
De estrangeros monarcas la tutela.

Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar nuestra mancilla

Llorad como mugeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira,
El pueblo en torno avergonzado calle;
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto también, mi corazon estalle.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.



LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

España, que un tiempo llevó triunfantes sus pendones de una á otra parte de Europa, había descendido á principios del siglo actual al último extremo de decadencia; regida por un poderoso favorito tan débil como lleno de mercedes, dominada por una corte viciosa que contribuía en mucho á la relajación de los vínculos sociales y á enervar las fuerzas del ánimo, nada había que escitara el valor y el celo de sus hijos, para librarla de la próxima ruina que la amenazaba.

Tal era su estado, cuando la fama publicaba por todos los ángulos de la tierra, las insignes proezas, los brillantes triunfos y vastas conquistas con que se iba engrandeciendo el genio atrevido y colosal, que nacido entre las rocas de una pequeña isla, osaba aspirar á la dominación del continente Europeo. Estremeciábanse muchos tronos al estrepitoso ruido de sus armas, y á su impulso vacilaban las coronas de los reyes, pasando algunas de las sienes que las ceñían á ocupar otras sienes á voluntad del conquistador. Sumisas las naciones débiles y en guardia las poderosas y fuertes recibían resignadas las primeras el yugo del vencedor y se aprestaban en silencio las segundas á reunirse y á aumentar sus esfuerzos para resistirle.

Imprevisos los que gobernaban á España en

aquella desventurada época, y poco celosos del honor nacional, se creían seguros y hasta favorecidos, aliándose al que ya se proclamaba Emperador de los franceses, y forjaba con astucia las cadenas con que pretendía amarrar aquel país al carro de sus triunfos.

Sus huestes inundaron la península, posesionándose de las mejores plazas y fortalezas, dando el pre-

texto de arrojarde los puertos lusitanos el poder de la Gran Bretaña, pero en realidad para preparar la ejecución desus planes usurpadores, á los cuales ayudaban las rencillas y abyección de nuestra corte, que llegó á estremo de implorar la mediación del invasor para componer y



Dos de Mayo.

arreglar sus domésticas disensiones.

Veinte y cinco mil soldados llegaron en fin á Madrid, mientras á Fernando, monarca ya por la abdicación de su padre, se le hacia ir á Bayona, camino que no tardaron en seguir Carlos IV y Maria Luisa, señalándose igualmente para la partida de D. Antonio y de D. Francisco el memorable 2 de Mayo de 1808, cuando ya el pueblo de Madrid se

hallaba sobrecalentado y receloso de los planes de Napoleón y de la conducta de su cuñado Murat, general de las tropas y principal agente de sus intrigas en la corte. Corrióse el velo que cubría la perfidia, y entre la engañosa oliva asomó su punta el puñal de la traición. Estremeciéndose



Batalla de Bailén.

de indignación el pueblo, se inflamó el noble coraje castellano y á pesar de la falta de armas, de la

inutilidad de aquel gobierno, y de la timidez de las autoridades, consiguió empañar el brillo radiante de las armas aterradoras, despreciando el estrago de cien bocas de fuego vueltas cobardemente contra un pueblo inerme.

Al caer Daoiz y Velarde víctimas de la traición, traspasados de mil heridas, exhalóse de sus moribundos labios el grito de venganza é independencia;

estos ac-
centos,
pronun-
ciados al
pié del ca-
ñon, fue-
ron rec-
gidos co-
moun ri-
co legado,
como el
don mas
pre-
cioso
que de-
ja-
ban á su
patria dos
héroes al
morir.

El leon de España des-
pertó de
su ver-
gonzo so-
letargo al
ver tala-
dos los
campos,
destrui-
dos los
hogares,
incendia-
dos los pueblos. El grito de independencia lanzado el
Dos de Mayo dió la señal para el alzamiento del pue-
blo hispano, uniformó la opinion de todas las pro-
vincias, aterró las águilas imperiales, cubrió de opro-
bio y confusion á los invasores entre otros puntos en
Bailén, Gerona, Zaragoza la heroica, Talavera, Vi-
toria y San Marcial, hasta obligar á huir del país á
aquellas falanges aguerridas, cuyas victorias repitie-
ran velo-
ces los
ecos, en
las ame-
nas flo-
restas de
Siria, á la
falda del
monte Ta-
bor y al
pié de las
Pirámi-
des.

El no-
ble ejem-
plo dado
en Ma-
drid el 2
de Mayo
habia he-
cho á Es-
paña in-
vencible
á las des-
gracias, y
el esfuer-
zo admi-
rable de
sus hijos
la con-
virtió en

el instrumento que arrojó al usurpador al peñon de
Santa Elena y redimió á la Europa de la tiranía con

que la amenazaba: lejos de domar aquel gran genio
la fiereza castellana, no hizo mas que despertarla,
produciendo el armamento general, é infundiendo en
todos los españoles el deseo de recobrar su indepen-
dencia. La sangre vertida en aquella lucha fecundó
el gérmen de libertad que yacia inerte sepultado en
los campos de Villalar, aquel alzamiento general in-
clinó á pensar en la reconquista de justos dere-

chos, y
las Cortes
de Cádiz,
hacién-
dose oír
sobre el
estruen-
do de las
batallas y
el tumulto
de la
época, se
apresura-
ron á pro-
teger con
leyes jus-
tas aque-
llas ga-
rantías de
que ja-
más de-
ben des-
enten-
derse los
pueblos
que ten-
gan en
algo su
dignidad
y apetez-
cansu di-
cha.



Defensa de Gerona.

Un rey ingrato destruyó la obra de aquella asam-
blea, pagando así los sacrificios que la nación hizo
por él; y es fama que al verificar su entrada en
Madrid en Mayo de 1814, ni por curiosidad fijó una
mirada en el Campo de la Lealtad, en que habian
sucumbido los primeros mártires de su causa. Diez
y seis años reinó sin que añadiera una sola piedra
al monumento comenzado á erigir á la memoria de



Defensa de Zaragoza.

las vícti-
mas del 2
de Mayo,
el cual fué
al fin con-
cluido en
1840, diez
después
de su
muerte.

La his-
toria, in-
flexible a-
preciado-
ra de los
hechos,
perpetua-
rá á tra-
vés de los
siglos, el
nombre
de la na-
ción ven-
cedora de
la colosal
figura en
que revi-
vió el es-
píritu de
los Ale-
jandros y

los Césares, y retratará con odiosos colores al hom-
bre que inmerecidamente fué después llamado á re-

gir sus destinos, pagando con ingratitudes los sacrificios que había hecho para sentarle en el trono.

Hemos reproducido ligerísimamente una historia de todos conocida, pero que nunca se encomiará demasiado y que es tan notable por sus circunstancias como por la inmensidad de sus consecuencias. Grata tarea es recordar en estos tiempos las pasadas glorias de nuestro país, que mostró en la guerra de la independencia su moribunda dignidad y energía, haciendo el último esfuerzo, tal vez, para ofrecer un testimonio evidente, de que aun eran entonces los españoles dignos descendientes de aquellos bravos, generosos y emprendedores castellanos, que lucharon por tanto tiempo para librarse de la opresión y servidumbre de los sarracenos, y que descubrieron un nuevo mundo para que nunca faltase el sol de los dominios de España.

EL VERDUGO.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Las doce acababan de sonar en el reloj del castillo de Menda. Un joven oficial francés estaba apoyado contra la cerca de piedra que rodeaba el terraplen de los jardines, y parecía entregado á reflexiones mas serias y profundas que las que inspira generalmente la frívola alegría de la vida militar. Era una de aquellas hermosas noches en que el cielo se presenta sin nubes, como un vasto campo de plata: brillaban las estrellas en el firmamento, y los pálidos reflejos de la luna difundían una claridad misteriosa sobre la encantadora y risueña campiña, en que está situada la romántica ciudad de Menda. Desde las barbacanas del castillo construido por los moros sobre la cima de una roca, se divisaban las azuladas hondas del Océano Atlántico, que se perdían en el horizonte, y aquella fortaleza con-

vertida á la sazón en palacio de residencia, contribuía poderosamente á la pintoresca perspectiva que presentaba cuanto alcanzaba la vista.

La tranquilidad de esta escena hacia curioso contraste con el bullicioso contento que animaba el interior del castillo. Infinidad de arañas de cristal esparcían su luz brillante al través de las entreabiertas ventanas; y el ruido del baile, los armoniosos sonidos de la música y las animadas voces de una concurrencia numerosa y escogida, se mezclaban al murmullo de las pacíficas olas que lentamente besaban la playa. La fresca de la noche que había remplazado al insufrible calor del día, y los deliciosos perfumes que exhalaban las flores y los arbustos, habían convidado al joven militar con sus encantos, que no tardó en abandonar los seductores placeres del interior del castillo por el reposo que aquel ambiente, nuevo para él, ofrecía á las fatigas de sus ejercicios militares.

El castillo de Menda pertenecía á un grande de España de primera clase. Titulábase marqués de Leganés, y vivía en él con toda su familia, compuesta de su esposa, de tres hijos y dos hijas. La mayor de estas era una belleza perfecta, y el oficial francés no había podido verla sin amarla con una pasión verdadera, violenta, frenética, que destruía su reposo, y le hacía alimentarse de quiméricas esperanzas. No fué ella insensible al efecto que sus gracias hicieron en el corazón del militar; cada vez que este la hablaba se tenía su hechicero rostro de un vivo encarnado, mas cuando ella le respondía, había en el sonido de su voz, en la vaguedad de sus miradas, tan estraña mezcla de melancolía, de pesadumbre y de compasión, que tal vez esto le indujo á retirarse de los salones para entregarse con libertad á sus amorosas cavilaciones.

Aunque la familia del marqués se componía de cinco hijos, sus inmen-



Choque entre los soldados de Napoleon y el pueblo.



José Bonaparte.

sas riquezas y brillantes títulos hacían presumir que Clara fuese opulentamente dotada, cuando llegase el caso de elegirle un esposo; ¿podía pues Víctor Marchand, hijo de padres pobres, aunque nobles de París, pretender en ningún caso enlazarse con una de las más ilustres y orgullosas familias de España?

Los franceses eran aborrecidos en toda la península, y el general G., comandante en jefe de la provincia, tenía poderosas razones para sospechar que el marqués de Leganés era el alma de una conspiración, cuyo objeto se dirigía á excitar un levantamiento en favor de Fernando VII. En consecuencia había dispuesto que un fuerte destacamento á las órdenes de Víctor se estacionase de guarnición en Mérida, á fin de contener cualquiera tentativa de insurrección imponiendo con la fuerza de las bayonetas un temeroso respeto entre los habitantes de la ciudad, y los de las cercanías, que eran enteramente adictos á la voluntad del marqués, además de estar sometidos á su grande influencia. Habíase descubierto que este magnate entretenía una activa correspondencia con el gabinete de Londres, y el mariscal Ney no se descuidó en informar al general que los ingleses intentarían probablemente muy pronto un desembarco en aquellas costas, dándole al propio tiempo instrucciones rigurosas contra los pueblos de la provincia de... instrucciones que el comandante general estaba dispuesto á seguir, pues se hermanaban perfectamente con la dureza de su carácter. Transmitiólas á Víctor con respeto á Mérida; y este, á pesar de la buena acogida que tanto él como el destacamento que man-

daba recibieron del marqués, no se descuidó un instante en tomar todas las medidas de seguridad que la prudencia y el estado de las cosas exigía. Al mismo tiempo que se paseaba de cuando en cuando, fatigado de la inacción en que le habían sumergido sus amorosas ideas, dirigía indagadoras miradas á la ciudad, cuya situación en una eminencia le permitía recorrerla toda, y se esforzaba en conciliar interiormente la conducta franca y amigable del marqués, la profunda tranquilidad de aquellos habitantes, con las dudas y recelos que le había manifestado el general G. No tardó mucho tiempo en conocer que aquellos recelos eran fundados.

La ciudad que hacia algunas horas estaba entregada á la oscuridad y al silencio, parecía animada por un movimiento extraordinario; veíanse numerosas luces pasar de un barrio á otro; y se oía un confuso murmullo de voces humanas, donde pocos instantes antes solo reinaba la más completa tranquilidad. Aunque aquel día se celebraba la fiesta del apóstol Santiago, Víctor había dado órdenes estrechas de que en todas partes menos en el castillo, se apagasen las luces á la hora designada por los reglamentos militares. Inquietáronle pues aquellas alarmantes señales y más cuando al través de las tinieblas vió brillar distintamente los cañones de los fusiles y las hojas de las bayonetas en los diferentes puestos de los centinelas franceses. A poco rato, un silencio solemne, precursor de otros males sucedió al primer murmullo, aunque las luces seguían brillando á lo lejos. ¿De qué podía nacer



Las Cortes de Cádiz.



Fernando VII.

dado? se preguntó á sí mismo el jóven oficial. Y en seguida, deseoso por curiosidad y por obligacion de sondear aquel misterio, se preparaba ya á saltar la cerca del jardín con el objeto de bajar por una senda pendiente, pero corta, hasta el cuerpo de guardia de la puerta principal de la ciudad, cuando le pareció oír casi á su lado un débil ruido semejante

al que hace el paso de una mugercuando pisa la alfombra de un prado. Miró á todas partes con inquietud, pero no descubrió forma humana; pero cuál fué su asombro al divisar en medio de las aguas una escuadra que se dirigia hácia la costa! Al mismo

tiempo oyó una ronca voz, que salia por una de las muchas aberturas que tenia la cerca; abrió Victor los ojos y reconoció al ordenanza que habia dejado en el castillo.

—¿Es vd. mi comandante?

—Sí; el mismo. ¿Qué hay?

—Esos miserables bullen y se revuelven allá abajo como un monton de gusanos. He estado á la descu-

bierta y vengo á dar el parte de lo que ocurre.

—Habla.

—Primamente he visto esta noche salir del castillo un hombre que llevaba una linterna: le he seguido por parecerme sospechoso, sin perderle de vista hasta aquella plataforma que desde aquí se distin-

gue. Al punto que llegó á ella, se detuvo y acercándose despues á una gran pila de leña...

En este instante se oyó un grito general resonar por toda la ciudad: un resplandor brillante producido por una inmensa hoguera deslumbró á Victor; se oyó un tiro de fusil, y el ordenanza herido en la cabeza por la bala, cayó muerto á sus pies.

El ruido del baile del castillo habia cesado, el mortal silencio que reinaba fué interrumpido por mil

horrorosas imprecaciones, por mil gritos de dolor, como los que se oyen en un campodebatalia, y elestampido del cañon, mezclándose al tumulto de aquella temible noche completó un cuadro de desolacion y de horrores.

Un sudor frio corria

por la frente del jóven militar. Estaba solo, sin defensores, sin amigos, y á merced de los primeros contrarios que se presentasen. Sus soldados habian perecido, y él se encontraba deshonorado, próximo á comparecer ante un consejo de guerra y á pagar tal vez con la vida las consecuencias de aquella sorpresa, pues que yacian muertos los únicos que podian atestiguar su inocencia, declarando las pruden-

tes medidas que habia adoptado para mantener la pública tranquilidad. De unaojeada midió el espacio que lo separaba de la ciudad y ya iba á precipitarse solo en medio de todos los enemigos anhelando morir como mueren los valientes, cuando se sintió

detenido por una mano delicada que temblaba al estrechar su brazo.

(Concluirá.)



Batalla de Talavera.



Batalla de Vitoria.